

Llamado urgente a Bolívar

Carlos Ordóñez Goetta

Desenvaina tu espada, General del Ande,
con los fulgores de Junín y Ayacucho.
La Historia recomienza ensangrentada
y tu América Latina está de luto.

El horizonte de libertad se empaña
por un vértigo de sombras renacidas;
se quiebra la luz, se quiebra la mañana
en medio del estupor del aire y la campiña.
El inmenso corazón de Amerindia,
corazón de cobre, hondo corazón mestizo,
vierte férvida sangre de una nueva herida,
igual a la lacinante de tu siglo.

Enhiesto General, retoma hoy tus caminos,
vuelve a surcar los nevados y los valles,
donde dejaste el gran pulso de un designio
y enhebraste de heroísmo tu estandarte.
Estamos otra vez de pie, alertas, decididos,
esperando al Conductor de las naciones;
nos duelen los países oprimidos,
nos duelen sus espinas, su hecatombe.
Llama a tus capitanes y diles que la Historia
no cerró por siempre sus páginas radiantes,
ni el exacto cenit de tus victorias,
ni en los momentos de tu grito omniabarcante.
Ven, imbatido dominador de vendavales,
la Patria iberoamericana te reclama,
con el acento germinal de tu lenguaje,
en la hora en que tus hombres se desgarran.

Batallaste contra el opresor de fuera
 y la lid de hoy es de hermanos contra hermanos,
 allá en la vulnerada Centroamérica
 y en Chile, entre las fauces del tirano.

El trueno nos asfixia, General del Ande,
 nos atosigan el alma raudales de negrura
 y esta poesía que desparrama el aire
 la escribo al fondo de una noche oscura.
 Por los dardos que diezman a los pueblos,
 por los seres que truncan las metrallas,
 es tinta del aterido corazón del tiempo,
 es cauce roto de la arteria americana.

Se nos pretende raer tu azul bandera
 y marchitar la flor de las mañanas plácidas;
 se nos quiere arrebatarse el matiz de la pradera,
 silenciar a las aves que a la vida cantan.
 Ven a rescatar la libertad que se pierde,
 ven pronto con tus medallas irradiantes,
 trae de nuevo el sol de tu palabra ardiente,
 el fuego de tu mirada y tu semblante.
 Ven a salvar de los niños su pupila incierta,
 divagante y trémula entre flamígeros volcanes;
 arranca el puñal que hiera a Centroamérica,
 detén el turbión angustiante de la sangre.

Sangre de tus hijos pisoteados por Caín sediento,
 que desata el huracán y oprima la alborada,
 que ataja la cometa en la mitad del vuelo
 y desfleca el blanco rosal de la esperanza.